Prevención de accidentes: la decisión que nadie puede tomar por vos



Hay una frase que se escucha todos los días en cualquier planta, obra o taller: «la seguridad es responsabilidad del supervisor». Y es cierta, pero solo en parte. Yo asumo mi responsabilidad: planifico las tareas, reviso que los equipos estén en condiciones, corrijo lo que veo mal y reporto lo que hay que reportar. Aun así, hay algo que completa esa frase y quiero decírselos de frente: **puedo estar atento a todo el equipo, pero no puedo estar al lado de cada uno durante toda la jornada.** Hay un segundo, el que nadie ve, en el que la decisión queda en manos de quien tiene la herramienta. Hoy quiero hablar de ese segundo, sin retos y sin sermones, porque la seguridad en el trabajo se construye entre todos.

¿Quién decide cuando nadie está mirando?

Empecemos por lo que hace la empresa, que no es poco. Los ingenieros mejoran las máquinas, se instalan guardas y protecciones, se revisan los procedimientos, se capacita al personal y se entregan los elementos de protección personal. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen obligaciones para ambas partes: el empleador debe brindar condiciones seguras de trabajo, y el trabajador debe cumplir las normas, usar los elementos de protección e informar lo que no está bien. Son dos mitades de un mismo sistema, y ninguna alcanza sola. Una máquina con la mejor guarda no protege a nadie si alguien la retira para ir más rápido, y el mejor procedimiento no sirve de nada si se queda guardado en una carpeta.

Por supuesto, algunos accidentes nacen de fallas en equipos, herramientas o maquinaria. Sin embargo, cuando revisamos los informes de nuestra propia planta, en la gran mayoría aparece un factor humano: un paso salteado, una protección que no se usó, un apuro innecesario. Y casi siempre se trataba de algo que se podía evitar con muy poco esfuerzo. No lo digo para señalar a nadie, sino porque lo que se puede evitar, también se puede cambiar. Y cambiarlo está al alcance de cada uno de los que están acá.

Los errores que se repiten en casi todos los informes

Si leyéramos informe tras informe, notaríamos que las causas son siempre las mismas, y se reducen a tres: no usar el sentido común, no seguir los procedimientos establecidos y correr riesgos que nadie necesitaba correr. Pensemos en situaciones que todos conocemos: sacar una guarda para destrabar una máquina sin cortar y bloquear antes la energía, subirse a una silla o a un cajón porque la escalera quedó lejos, pasar por debajo de una carga suspendida «porque es un segundo», o dejarse los anteojos en el bolsillo porque la tarea es corta. Ninguna de estas decisiones parece peligrosa en el momento. Ese es justamente el problema.

Pero ¿por qué las tomamos? Casi nunca por mala intención. Ocurre por la confianza que da hacer lo mismo durante años, por la presión de terminar a tiempo, por la idea de que «a mí no me va a pasar». **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.** A esto se suma algo importante: cuando el apuro o la falta de recursos empujan a saltearse un paso, lo correcto es decirlo y no resolverlo en silencio, porque entonces el problema se corrige para todos.

Ahora bien, no quiero que esto quede en palabras. Les pido un minuto: ¿quién se anima a contarnos qué lo llevó a tener un accidente, o a estar a punto de tenerlo? Los escucho. Gracias por la sinceridad. Fíjense cómo las causas que aparecen suelen ser siempre las mismas, y justamente por eso los accidentes se repiten: porque sus causas se repiten.

Lo que se pierde en un segundo

Quienes perdieron un dedo, un ojo o un pie nos dirían, casi sin excepción, que pudieron haberlo evitado. Y detrás de esa lesión hay mucho más que una herida: cirugías, rehabilitación, secuelas que a veces son permanentes y, en algunos casos, la imposibilidad de volver al oficio que uno eligió. Hay también una familia que espera a alguien que no llega a la hora de siempre, o que llega distinto.

El impacto no termina en quien se lastima. El compañero que presenció el accidente no lo olvida fácilmente. El equipo se detiene, se investiga lo ocurrido y se completan informes, y el supervisor tiene que explicarle a la gerencia cómo pasó. Lo digo sin quejarme, porque cuando acepté este puesto asumí también el compromiso de cuidarlos a todos. Pero cada una de estas consecuencias empezó con una decisión pequeña. **Los accidentes no aparecen de repente: se construyen con pequeños descuidos.** Y si se construyen, también se pueden desarmar a tiempo.

Cómo cuidarte: el autoexamen de tres minutos

La herramienta de prevención más poderosa que existe no se compra ni se instala: es mirarse a uno mismo trabajar. Les propongo que al volver a su puesto, antes de cada tarea, se tomen unos minutos para pensar cómo van a hacerla y qué acto, en qué circunstancia, podría lastimarlos. Pregúntense si tienen claro el procedimiento y los permisos necesarios, si sus elementos de protección están completos y en buen estado, si las energías peligrosas están controladas y qué haría cada uno si algo sale distinto a lo planeado. Si practican este ejercicio todos los días, en pocas semanas habrán corregido muchos errores que hoy pasan desapercibidos.

Tan importante como mirarse a uno mismo es animarse a frenar. Si algo no cierra, si una protección falta, si la tarea no es la que se planificó, detengan el trabajo y avísenme. Ningún plazo justifica una lesión, y **trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.** Por otra parte, cuenten también los casi accidentes y las condiciones inseguras que vean, porque son la oportunidad más barata que tenemos para corregir antes de que alguien se lastime. Y cuidemos al compañero: avisarle a tiempo no es meterse, es cuidarlo. De mi parte me comprometo a escucharlos, a darles el tiempo y los recursos para trabajar bien y a corregir con respeto lo que haya que corregir.

Una decisión que nadie puede tomar por vos

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura tiene muchos responsables: la empresa, los ingenieros, los supervisores, los compañeros. Pero en el momento exacto de actuar, la última barrera siempre es la misma persona: quien está frente a la tarea.

Por eso, antes de empezar hoy, miren al compañero que tienen al lado y piensen que hay alguien esperándolo en su casa, igual que a ustedes. **Cuidarse no es una orden que se cumple; es una decisión que se toma.** Y esa decisión, hoy y todos los días, la toma cada uno de ustedes.